

RESEÑAS

Utopía queer.

DE JOSÉ ESTEBAN MUÑOZ

BUENOS AIRES, CAJA NEGRA, 2019

Lucía Vera Cytryn

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Tres de Febrero

*Licenciada en Letras (UBA) y estudiante de la Maestría en Estudios y Políticas de Género de
UNTREF.*

Contacto: lucia.cytryn@gmail.com

José Esteban Muñoz no podría haber imaginado la tremenda literalidad que tendrían hoy las palabras que escribió en 2009. “El aquí y ahora es una cárcel. Frente a la representación totalizadora de la realidad del aquí y ahora, tenemos que esforzarnos por imaginar y sentir *un entonces y un allí*.” (2019: 27).

Escribir sobre este libro en cuarentena (escribir sobre cualquier libro en cuarentena, o escribir, a secas, en cuarentena: en fin, hacer cualquier cosa en cuarentena) implica un desafío nada fácil: se puede, por qué no, hacer de cuenta que el Covid-19 no ocurrió (efectivamente no había ocurrido al momento de la publicación de *Utopía queer*) y que no estamos en una (nueva) crisis del contacto físico; o se puede, acaso con un poco más de dificultad, jugar a que Muñoz entendió algo de la crisis actual (digo crisis en un sentido amplio porque entiendo que en este momento la crisis se abre desde varios frentes: el afectivo, el económico, el social, el sanitario, etc.) porque, aunque el virus es nuevo, esta no es la primera pandemia. Creo que no resulta forzado: más bien al contrario, parece que nunca fue más pertinente que ahora mismo imaginar una “utopía del *yire*” (como propone Mariano López Seoane en su traducción alternativa del título) universalizada y a la vez un *yire* en la utopía, un cambio en la manera de pensar el futuro.

Vuelvo sobre mis palabras: al momento de escribir este libro, “el aquí y ahora es una cárcel” no era solo un llamado retórico. En efecto, las comunidades sobre las que Muñoz piensa su trabajo e intervención (la suya propia como latino, “de color”, migrante, *queer*) se encuentran desde siempre presas de un aquí y un ahora minorizante y excluyente. Ahora mismo, en la (nueva) situación de pandemia donde las vidas que pueden se aíslan del virus y las vidas que no importan se acumulan en fosas o nichos ambulantes en la ciudad de Nueva York (donde Muñoz escribió este libro), la situación bien podría ser la misma aunque con los signos cambiados: encierro de cuidado para los ricos, *yire* de trabajo para los pobres.

Pero “el aquí y ahora es una cárcel” tiene otro sentido: pensar en el pragmatismo de lo inmediato obtura la capacidad de pensar el futuro. El diagnóstico es evidente. Hay una crisis de futuridad en el pensamiento filosófico y político: el futuro parece ser el territorio de los hijos por venir (“el Niño”). Pero, “¿puede el futuro dejar de ser una fantasía de reproducción heterosexual?” (2019: 106). Sí: el futuro debe ser arrebatado a la matriz heterosexual. Y no solo eso. El futuro debe ser arrebatado, también, al presente. El pensar realista, cargado de la miseria de lo inmediato, no permite el sentir esperanzado: la utopía. La utopía de *el entonces y el allí* se constituye en su doble sentido temporal y espacial:

El entonces que perturba la tiranía del ahora es tanto pasado como futuro. Del mismo modo, el aquí que no tiene nombre pero que siempre está implícito en el foco metropolitano requiere el desafío de un allí que puede ser regional o global. Lo transregional o lo global como modos de organización espacial desplazan potencialmente la hegemonía de un aquí sin nombre que siempre está dominado por la sombra del Estado-nación y sus múltiples y cambiantes intereses corporativos. Si bien globalización es un término que define un sistema mundial de asimetría manufacturada y explotación voraz, también señala la invasión del allí en el aquí de maneras que vale la pena considerar. (2019: 72)

Como se ve, la idea de una cosmopolítica queer (aunque vagamente definida) es constitutiva de la utopía que piensa Muñoz. La tensión con la identidad nacional sugiere un mundo que es a la vez un espacio en disputa de flujos identitarios: no es casual que los migrantes sean sujetos clave en el pensamiento del autor. Es desde una perspectiva fuertemente crítica de los estudios culturales y activismos gay asimilacionistas y blancos, (“la tediosa normatividad blanca que caracteriza la mayor parte de la cultura gay masculina norteamericana”) (2019: 82), vindicatorios de un *global gay* a la medida de las clases acomodadas, que Muñoz reclama una utopía.

Pero no la utopía–isla que solo puede existir en tanto fantasía sino la utopía–éxtasis: un espacio y un lugar situados a la vez en el pasado, en el presente y en el futuro, una heterotopía evocada por el sentimiento de éxtasis (2019: 77). Lo queer, cuyo sentido viene a disputar Muñoz (así lo analiza ampliamente López Seoane en el Prólogo), es precisamente ese todavía no existente utópico: una forma de vida en un tiempo y espacio que todavía no llegó, pero que puede imaginarse e incluso experimentarse a través de algunas manifestaciones culturales que él mismo se ocupa de analizar. Existe, en esos pliegues temporales que hace posible el arte, “un futuro queer realmente existente en el presente” (2019: 118).

Este es acaso el punto central de la intervención teórica de Muñoz: el desarrollo de una metodología crítica de la esperanza, basada en *El principio de la esperanza* de Ernst Bloch, que busca “describir la iluminación anticipatoria del arte, que se puede caracterizar como el proceso de identificar ciertas propiedades que pueden detectarse en prácticas representacionales que nos ayudan a ver lo aún-no-consciente.” (2019: 31). En este *aún-no-consciente* Muñoz encuentra el sentimiento utópico, el tiempo extático. Las producciones artísticas que analiza –un archivo elaborado a la manera de un collage constituido por artes plásticas, performance, poesía, fotografía, *happenings*, danza, de Andy Warhol, Douglas Crimp, John Giorno, Tony Just, Allan Kaprow, Kevin Aviance, Kevin McCarty, Fred Herko, Jack Smith, Dynasty Handbag, entre otros– tienen eso en común: una ruptura del tiempo lineal que permite vislumbrar futuros y pasados que conviven en un tiempo. “Bloch teorizó que se podía detectar paisajes de deseo en la pintura y la poesía –dice–. Esos paisajes se prolongan hacia el territorio de la futuridad.” (2019: 34). El deseo, como el éxtasis, como el asombro, funciona como postura frente al mundo, como afecto militante y, en tanto tal, es también constitutivo de lo utópico.

Es en esta clave que Muñoz lee a contrapelo la pandemia del VIH-Sida y sus efectos:

Nuestros recuerdos y sus relatos ritualizados —a través del cine, el video, la performance, la escritura y la cultura visual— tienen el potencial de crear mundos. Aún más, sugiero que estos recuerdos queer de la utopía, y el anhelo que los estructura, especialmente tal como se encarnan en trabajos que yo rastreo en una producción cultural que representa el sexo público, nos ayudan a forjar un espacio para una ciudadanía sexual real y existente. (2019: 83).

El devenir utópico de los encuentros sexuales sin profilaxis es rescatado por su efecto ahora transgresor (la estética queer, dice Muñoz, “puede funcionar como un gran rechazo”) (2019: 239): “las imágenes trazadas por Giorno son objetos malos, en la medida que exponen a los hombres gay a actos, poses y estructuras de deseo que pueden ser potencialmente desastrosas. Pero, como nos enseña Adorno, la importancia de proyectar una imagen es central para una crítica de la hegemonía.” (2019: 90). El pasado utópico del sexo en las calles (aunque ciertamente romantizado) es clave en la propuesta de Muñoz. Si no se puede pensar por fuera de lo “correcto” (de lo sano, lo ordenado, lo aceptable) entonces no se puede pensar lo queer, que por definición “es ilegible y por ende está perdido en relación con la cartografía del espacio de la mente hétero” (2019: 145). Crear mundos donde lo ilegible sea experienciable se vuelve fundamental para estimular el pensamiento utópico. La sexualización y la relacionalidad queer del espacio público aparecen también en relación al gesto cuando se analizan las performances de Kevin Aviance. La forma en que el autor detalla el paseo con Aviance, su forma de caminar, sus movimientos, su relación con la gente en la calle, es casi una sugerencia del poder que ejerce sobre el espacio que atraviesa. Como si en esa forma de ocupación efímera de lo público hubiese también algo de utópico, la evidencia de un futuro posible.

Al manifiesto por un pensamiento utópico que Muñoz escribió en 2009 y que él mismo caracteriza como “una provocación performativa” dirigida a estimular la imaginación política, esta edición suma, a modo de Apéndice, dos textos más recientes. Uno de ellos, dirigido a pensar concretamente la relación entre lo queer y la política, retoma algunas de las filiaciones teóricas y académicos más importantes de su autor en el análisis de los trabajos de Eve Kosofsky Sedgwick y Gary Fisher. El capítulo final vuelve a Ernst Bloch y complejiza aún más la apuesta por la esperanza, poniéndola a discutir con la frustración.

Todavía está por verse si la nueva pandemia profundiza la crisis de futuridad o si, bien por el contrario, las urgencias materiales del presente se transforman en la oportunidad o la obligación de diseñar el futuro posible sobre la base de una esperanza revisitada. Desear que así sea es también una forma de reivindicar la militancia de Muñoz: la utopía, al fin y al cabo, “es una política de la emoción”.